

Perra

Carlos Be

Carlos Be
Perra

© Carlos Be, 2015
hola@carlosbe.net
www.carlosbe.net

© de la fotografía: Elvira Prieto

Todos los derechos reservados por:

Aura-Pont s.r.o.
Veslařský ostrov, 62
147 00 - Praga
República Checa
aura-pont@aura-pont.cz
www.aura-pont.cz

El sábado 15 de agosto de 2015, Teatro Forte estrena *Perra* de Carlos Be en el Centro Cultural Chacao de Caracas, monólogo incluido en *De qué hablo cuando hablo de ella* de VV.AA. con dirección de Vladimir Vera y Candice Wilcox como protagonista.



A Vladimir Vera

A Fran Arráez y Jan Písařík

El hambre tiene cara de perro.

El sexo, de perra.

Bogotá, 2015

Una mujer tras una pista. Entra con cautela en un aseo público masculino. De repente suena su móvil, se sobresalta. Una llamada desde un número desconocido. Cuelga sin atenderla y silencia el móvil. Frente al espejo, un adolescente se enjuaga las manos en el lavabo. Al ver a la mujer, se le escapa la risa y abandona el aseo precipitadamente. La mujer se fija en la imagen en el espejo. Tras el adolescente, ahora ausente, se refleja el interior de un retrete con la puerta abierta. En las baldosas se lee en letras mayúsculas “PUTA NINFÓMANA FREE” seguido de un número de teléfono. La mujer cierra la puerta del retrete y se apoya de espaldas a ésta. Agarra el móvil y lo arroja al suelo con un grito.

¿Cuándo fue la última vez que oísteis la palabra “carmesí”? Y no sirve leída, por escrito: oído. No os pongáis tensos, por favor, tranquilizaos. Mañana ya no volveréis a verme. La última vez que oísteis la palabra “carmesí”.

Espera alguna respuesta por parte de su audiencia. Si le responde alguna mujer, la protagonista responderá con interés. Si se trata de un hombre, será tajante en el trato.

Yo, fue ayer por la mañana. En la cama. Las camas son como los libros: das con lo que no encuentras en la vida. Me lo dijeron en la boca del sexo, “carmesí”, y me lo dijeron muy sorprendidos. Eran dos, dos hombres, los que vieron mi sexo encenderse. Es una imagen literaria, las estudiamos hace meses, pero me sirve para lo que quiero contaros. Sigo. Cuando mi sexo se enciende, adquiere un intenso color carmesí: un tenso, hinchado y reluciente color carmesí.

Fue uno de ellos quien lo dijo, “carmesí”, y el otro se abalanzó con sus labios sobre mi entrepierna.

Debería estar recogiendo mi pupitre del aula de profesores y enfilando hacia casa con una caja, no tengo más que apenas una caja. Por qué os cuento todo esto. Por qué, aparte de para manteneros en silencio ni que sea un minuto: sólo por eso ya ha valido la pena. Es broma, siempre habéis sido una clase bastante disciplinada, en líneas generales es cierto, aunque sé que lo que voy a deciros no os gustará, es normal que no os guste, a nadie le gusta que le digan lo decepcionante que es... defraudador... repugnante... Hablo en concreto de unos cuantos de vosotros, no de todos, sólo de los hombres, sí, qué decepcionantes sois los hombres, aunque confío en el tiempo, confío tanto en el tiempo, las mujeres llevamos tanto tiempo confiando en el tiempo que seguimos cayendo segadas por las agujas del reloj... Otra imagen literaria. ¿Alguien sabe cuál?

En esta ocasión no espera respuesta y prosigue.

Da igual. Lo que os decía: como mujer que soy, confío en el tiempo y espero que algún día, vosotros a quienes me dirijo, a los hombres, los hombres de este país, entendáis que lo que visteis hoy no fue una profesora ni una mujer española. Fue una mujer, simplemente una mujer, una mujer a solas, una mujer sincerándose, una mujer de verdad, de las que os dan miedo, y no os pido que os enorgullezcáis de mí. Con que entendáis un poco bastaría, a mí y a muchas otras mujeres.

Hace cinco años encontré al hombre de mi vida, todos le conocéis, Johnatan Alejandro Hernández Barón, profesor de matemáticas de la universidad y representante de proyectos curriculares de pregrado del consejo de facultad. Por él vine a Colombia. Hace una semana le perdí. Muchos de vosotros sabéis por qué. Si os lo habéis creído, allá vosotros. Al respecto, por mi parte, sólo voy a deciros que duele que alguien te deje. Esta mañana, mirad por dónde, he despertado recordando la imagen última de un sueño: un elefante de tres cabezas olisqueaba mi cuerpo, yo yacía desnuda en la hierba y una de sus trompas se aplicaba como una ventosa entre mis piernas con tanta fuerza que dolía... La imagen última del sueño, la que conservo en mi memoria, fue un restallido en los colmillos, los ojos de anciano del elefante, y despertar sola en la cama, él no había vuelto, hacía siete

noches que no volvía. A la hora empezó a sonar el teléfono. La primera llamada la cogí. Colgué enseguida. Y la segunda. Ya no cogí ninguna más. También llegaban mensajes. Sin cesar.

Muestra el móvil destrozado.

Ahora está bastante maltrecho, no sé si seguirá funcionando, probaré cargarlo y a ver, pero os aseguro que, si funcionara, no dejaría de sonar. Algunos de estos mensajes son vuestros. También alguna de las llamadas. Afuera llueve a chuzos, ¿os habéis fijado?, hay que ver. Esta mañana he intentado buscar en internet “elefante de tres cabezas” pero no funcionaba la conexión, qué mierda, ¿hay algo que funcione en este país? “Puta ninfómana” y “gratis”. Me siento cansada, muy cansada, os lo tengo que confesar, mis piernas no aguantan más los embates de las agujas del reloj.

Estos últimos días han sido todos iguales. Conecto el móvil, Alejandro –Johnatan Alejandro– no ha llamado y un día decido inscribirme en una web. Esa misma tarde descargo un par de aplicaciones, también salgo por la noche. No, salir por la noche es lo primero que hice. Por Chapinero. Luego os lo cuento.

Hoy, antes de venir a la universidad, he estado con Jaime y luego con Felipe.

Jaime es muy puntual, llega y follamos –por favor, atended–, decía: follamos, se ducha sin jabón y se va. Lo del jabón sabéis por qué: está casado. Tampoco tengo agua caliente. Me siento una miserable, y sin agua caliente aún más. ¿Por qué dejé que se fuera? Alejandro, no Jaime. El hombre de mi vida. Bueno, qué tonta, fácil: si no se iba, me mataba. ¿Os cuesta creer que un miembro tan respetado de esta universidad sea capaz de matar a su mujer? A mí, no. No me cuesta nada. Es más, llegué a verme cruzando el cristal de la ventana a cinco pisos de altura y caer a plomo entre los transeúntes hecha añicos, la vecina del bajo y las dependientas del Oxxo apiñándose a mi alrededor murmurando “La que nace puta, muere puta”, “Genio y figura hasta la sepultura, si ya lo decía yo”, ¿qué más queréis oír?, “la puta, la perra, la ninfómana”, y mis piernas abiertas, desordenadas sobre la acera, y un obrero con su overol –me encanta la palabra “overol”, lo sabéis, en España lo llamamos “mono”, y los venezolanos se llevan la palma: “bragas”– decía: un obrero con su overol se detiene entre ellas, se acuerda de mí, de mis piernas abiertas, seguro que estuvo conmigo, él también conoció a “esa perra, esa perra de muchos perros”, sigue la vecina. No sois tan distintos a mis vecinos.

Siempre quise salir de ahí, pero no así,
a través de la ventana,
harta de la violencia de ellos, harta de la violencia de ellas,
siempre quise salir de aquí, pero no así.

La violencia combate la igualdad. Siempre. Siempre. Siempre.

La toalla a secar en la ventana, la vecina de abajo mira hacia arriba, Jaime pasa a su lado con el pelo aún mojado de la ducha fría, abre el paraguas y desaparece por la séptima, me gusta su pelo, tan negro como el de Alejandro, ensortijado, no podía contener las lágrimas mientras me follaba, he tenido que morderme el brazo pero su pelo no lo he soltado, eso sí que no, él gritaba y se corría dentro de mí mientras yo le tiraba del pelo y no lo he soltado hasta que ha caído sobre mi pecho y a pesar de todo, la cama sigue oliendo a él, sigue oliendo a Alejandro.

No es la primera vez que discuto con Alejandro y nos separamos, él dirá que soy adicta al sexo. Es lo que queréis oír, ¿no? Pero él es adicto al amor. Son los perros más peligrosos, los que contagian la rabia. Cuando le conocí se sentía tan solo, como la mayoría de mis perros. Mis perros. Los hombres tienden a sentirse solos. Las mujeres, no. Las mujeres preferimos estar mal acompañadas. Cierto es que me enamoré de él, no lo niego, y él de mí. Para él, además, yo representaba un sueño inconcluso, el de volar un día al país que yo dejaba atrás. Vaya manera de despedazar un sueño, cinco años para sentirme partida, en trizas. Es lo que tienen en común el amor y los sueños, cuando intentas asirlos...

La mano de la mujer se vuelca, vacía.

Recuerdo cuando le conté que no había podido viajar con todos mis libros, tantos, llevan años en cajas en el garaje de mis padres, y al día siguiente llegó con un regalo, *Platero y yo*, dedicado. Todos lo habéis leído, es muy especial para mí. Es muy raro que un hombre regale un libro. Yo le leía un capítulo cada noche. A él le fascinaba. “¿Así es España?”, me preguntaba. “Así debió ser”, y él veía España cubierta de golondrinas, de atardeceres grises y malvas, y campanarios altos que azuzaban a los locos a saltar los muros rematados con ortigas de los cementerios para huir

de los gritos,
los improperios
y los zumbidos de las hondas de los niños.

Ella busca el libro. Lo abre.

Su dedicatoria. Lo más difícil es olvidar a un hombre que escribe bien.

Y lo arroja.

Lo he lanzado. He lanzado su libro por la ventana. Esta mañana.
Tal como quería lanzarme él. Ayer. Por la ventana.
Volvamos a esta mañana.

Llega un mensaje al móvil.

Recapitulo. Acaba de irse Felipe. Arrojo el libro por la ventana. Llega Jaime. Dice por mensaje que está abajo.

Escribe:

“Abro”.

Vosotros sois mi primera clase de hoy, y la última. La última de todas mis clases. Podría haberme quedado en casa follando el día entero, primero con Felipe, segundo con Jaime, tercero con... pero no lo he hecho, mi “ninfomanía free” no me impide llevar una vida normal. No os hagáis los escandalizados, sobre todo los hombres. Pienso en el sexo tanto como vosotros. Por eso os doy miedo, por eso me insultáis. Es lo que tenemos las mujeres libres, damos miedo, y por miedo a perder vuestro estatus gratuito como hombres –porque lo de ser vosotros hombres sí es gratuito– la mujer libre es tildada de zorra, puta, bien querida, mal pagada. El hombre que devora mujeres es un hombre lobo.

La mujer que devora hombres es una perra.

Sólo una norma he respetado.

Siempre. Hasta hoy. Vosotros. Mis alumnos. Nunca me he acostado con un alumno. Nunca.
Hasta hoy. Preparaos.

Ya salivo.

La perra tiene hambre. La primera noche de estas siete noches sin Alejandro no me quedé en casa. Salí por Chapinero, pasé la noche husmeando culos de perros. Era luna nueva y olían a luna nueva. Las noches de luna nueva son opresivas, como opresivo es sentirse mujer.

Las mujeres en luna nueva somos perras

heridas, torcidas. La luna llena huele a cielo; la luna

nueva, cómo no, a mierda. La segunda noche de estas siete noches sin Alejandro entré en una manada donde los perros merodean a las perras, esta vez a través de un foro en internet. Las perras nunca ven el amanecer en manada,

siempre se retiran antes con la oscuridad. Los perros

no tienen tanta suerte, son tan patéticos a veces: terminan olisqueándose

los culos unos a otros, el sol se avergüenza de ellos. La tercera noche de estas siete noches ya no recordaba con cuántos había estado en las últimas setenta y dos horas, ya no hacía falta que saliera de casa, una jauría arañaba mi puerta, se aglomeraban al pie de la cama, un suelo de carne, el cuarto de baño a rebosar. Supongo que fue ese día cuando Alejandro se enteró de lo que pasaba, la “puta ninfómana free”, seguro que fue por la vecina del bajo. Da igual que él estuviera viéndose con una limeña casada desde hacía dos años, da igual que me abofeteara cuando me enteré y le pedí que escogiera entre ella o yo, da igual que me empujara hacia la ventana porque le dije que para mí había dejado de ser un hombre cuando lo que quería decir era persona, alguien en quien confiar, alguien que no me maltratara, y me empujó hacia la ventana y crujió mi espalda contra el marco, caí sin aire al suelo, ese mismo suelo que a los tres días rebosaría de cuerpos. Alejandro poseía la coartada perfecta, como perfectas son las mentiras, frente a sus amigos y su familia, frente a sus compañeros de la universidad, frente a sus alumnos: vosotros. Las pintadas en los retretes son la gota que colma el vaso. Cuando he llegado hoy, me han pedido que pasara por secretaría, me han entregado la carta de despedida. He solicitado que me dejen impartir esta clase, no han puesto ninguna pega, cómo iban a impedírmelo: en el fondo saben la verdad, eso es lo más terrible, pero quién no prefiere la mentira. Pues aquí me tenéis, presente en toda vuestra gran mentira.

No os voy a dar

ninguna clase de nada.

Lo peor es que la vida no se aprende.

Y lo mejor. Se vive pero no se aprende. No follo

por despecho, follo porque he follado siempre. Mi placer ha podido siempre al afecto, también con Alejandro, pero no quiero hablar de lo que él y yo hacíamos en la cama, en qué se convertía aquello, no voy a devolverle la jugada aunque pueda, colgadme etiquetas, entendedme como queráis, definid lo indefinible, controlad lo incontrolable. Como el manual de circulación para prever accidentes y sin embargo nadie entiende por qué los accidentes ocurren, por qué las muertes suceden, qué risa. De todas formas, comentaros que “puta ninfómana” es de lo más ridículo que se os podía ocurrir. Si lo que queráis era emponzoñar, hacedlo con saña y rigor, no con demonizaciones decimonónicas.

Felipe. Quiero hablaros de Felipe. Le abro y sube a casa. Felipe folla muy bien, es capaz de correrse dos veces y muy seguido, apenas dos o tres minutos entre corrida y corrida. ¿No queréis oírlo? Oído, alimentad vuestra mentira, sed consecuentes con lo que creéis, enervaos.

Hay muchos más perros aparte de Jaime y Felipe. Germán nunca me pide que me desnude. De Alfonso me gusta su polla lo que más, comérsela me encanta. Camilo es eyaculador precoz, capaz de llevarte al cielo tan sólo con el roce de sus manos y cuando ya no aguanta más, se toca, no es ni masturbarse, se toca y se corre y yo le veo desde el cielo correrse allí abajo, un poco más abajo, y le sonrío y él me sonrío y nos dejamos llevar a la deriva. Santiago es el único perro que conozco desde hace tiempo. Ya lo veía con Alejandro: Alejandro lo aprobaba por su posición económica. A veces una mujer debe escoger la bofetada que menos duele. Como profesora cobro menos que otros hombres con mi mismo cargo y qué diablos, Santiago además me respeta y me dice unas cosas tan bonitas, y tiene una polla preciosa y además es culto. Ayer me decía, un poco para animarme también: “En la cama cumples sueños. Contigo, mi fantasía prefiere escuchar lo que dices. La realidad de tus sábanas lo supera todo”. Es maravilloso compartir la cama con un hombre que no se violenta porque eres mejor que él en el sexo. Él fue quien dijo “carmesí”. Ayer por la mañana. Estábamos con su chófer, los

tres en la cama

al compás del rondó,

orgasmo en tres contrastes.

Les dejé en la cama, en la mesita aún Alejandro, su foto boca abajo debajo de los cuadernos, el bolso al hombro y su cara

entre decenas de caras

en cada buseta.

Después de Felipe hubiera tenido tiempo para quedar con un perro más antes de venir a la clase pero a Felipe le ha dado por entretenerme, hay veces que le da por ahí, y yo me he dejado entretener. Le gusta que le cuente cosas en la cama después de follar, da igual lo que sea, le gusta que le cuente cosas. Es huérfano desde muy joven, no sé si eso tendrá relación.

Alejandro se divorciará de mí. Yo aún sigo enamorada de él, ese es su mayor engaño, el que más me duele, que me abandonara en ese paisaje que ahora se revela un desierto. Aún es demasiado pronto para que yo lo sepa, lo descubriré en un mes, pero os lo cuento ya, al fin y al cabo, en un escenario, una está atada al tiempo tanto como quiera, en la vida ya sabéis que es diferente, dichas agujas. No voy a llorar. De lo que tengo ganas. De llorar. He consumido mucha pornografía y también muchos afectos, pero con Alejandro podía peinar las estrellas con las puntas de los dedos. Ahora el cielo es una maraña embreada sin noche ni luz. Me ha arrebatado algo, ¿sabéis cuándo sentís que habéis perdido algo pero miráis atrás y no veis nada? Me siento tan vieja. Pienso que lo que nos hace niños es la capacidad de amar tan pura. Al crecer, la perdemos. Quizás sea mejor decir que nos extraviamos. Esto es de Gabo, creo... No iba exactamente así, pero decía lo mismo. Hoy me despido de vosotros. No sé qué haré aún, puede que pase un tiempo en la quebrada Cune, allí estaré cuando me llegue la noticia del divorcio por una amiga común, que Alejandro quiere divorciarse y se va a España con limeña, por lo visto la limeña tiene doble nacionalidad, limeña y española, sé que me sentará fatal, esa noche despertaré otra tormenta y atravesaré la selva entre ráfagas de cucarrones, no sé adónde llegaré... A Alejandro, a Alejandro sólo espero que le reciban en España las golondrinas, las golondrinas muertas. Que se entere que el mundo está agotado, que no queda más por conquistar.

Una mujer no puede ser como un hombre. Los hombres cada vez estáis más solos y las mujeres, cada vez peor acompañadas. Me voy. Dudo que volvamos a vernos en las aulas, aunque estoy convencida de que a muchos de vosotros os veré en la cama. Me da igual quién ha pintado mi teléfono en el cuarto de baño. Ahí sigue. Podéis seguir insistiendo.

Señala el teléfono destrozado.

Ya no funciona.

Seguid creyendo en las mentiras que queréis oír. Qué más puedo deciros, ya os lo he dicho, sólo las mentiras son perfectas. Pero ojo con quien se atreva a insultar, perros que os creéis perros de una sola perra. El hambre tiene cara de perro. El sexo, de perra. Los que queráis follar conmigo, podéis seguirme. Venga.

Se aleja unos pasos. Se gira.

Y los que se den por ofendidos y permanezcan en sus asientos, pueden silbarme de espaldas. No veré su cara.

Se aleja unos pasos más. Se gira.

Allá ustedes con sus deseos.

Y se va. Oscuro.